

ilidad que equivalen á la muerte, producirá no pocas obras dignas de merecer más tarde los honores que gustosos tributamos todos hoy á los ingenios que como José Batres, supieron llenar su destino de hombres que no es el de formar número en las filas de la humanidad y vegetar unos cuantos días para morir después sin dejar rastro ni memoria.

Guatemala: febrero de 1889.

## Fernando Cruz.

---



---

## EL LIC. D. JUAN DIÉGUEZ OLAVERRI.

---

### I

Vivir después de la muerte en la memoria y el cariño de las generaciones que se suceden, es el privilegio de unos pocos. No nos es dable conocer siquiera el número de los que á cada instante de los siglos se sumergen para siempre en el océano sin fondo de lo desconocido. ¿Ni qué importan los hechos biográficos del hombre que no ha tenido otra misión que nacer para morir, sin dejar una huella de su existencia fugaz, sin hacer un poco de bien ó sembrar la semilla de una idea en el erial de la vida? En ese naufragio universal, la humanidad ha hecho esfuerzos por salvar algunos nombres venerandos, cuyo recuerdo ha confiado á la historia, al monumento, á la estatua, al epitafio: en presencia de la muerte, ha creído en la inmortalidad: en desquite de todo lo pequeño y pasajero, se ha refugiado en la superioridad de algunos hombres. Entonces una cuna encierra el germen de una esperanza, un nacimiento es el principio de una cronología.

¿Qué aliento podrían haber el genio y el talento, con los sinsabores de la vida y la ingratitud de los contemporáneos, si no viésemos que el amor de los pueblos, la justicia al mérito, la gloria comienzan casi siempre al borde de una tumba?

Camoens, Cervantes, Colón y cien más, olvidados, encarcelados, ú oprimidos con férreas cadenas, y después de sus días

rodeados de una aureola de esplendor y de luz: José Batres, de vida casi desconocida, y acariciado por la fama al día siguiente de su muerte: Goyena, que parecía no tener en la tierra más porvenir que una sepultura ignorada, y viviendo eternamente en nuestro cariño, por sus bellísimos apólogos que retenemos en la memoria desde niños: Fray Matías Córdoba, religioso humilde, recluso en obscura celda, y brillando en el cielo del arte patrio como uno de los primeros de nuestros poetas, por su magistral y encantador poema *La tentativa del León y el éxito de su empresa*, en el que, bajo las apariencias de la fábula, hace la apoteosis del pensamiento victorioso de la fuerza bruta: José Milla, víctima de una chocarrería indecorosa, y no obstante, el escritor más querido y popular de Centro-América, que engarza en naturalísima y correcta prosa las perlas que el vulgo, que también el vulgo tiene ciencia, ha dejado caer inadvertido de sus labios ingenuos: los Diéguez, proscriptos, errantes, atarazados por el infortunio, y hoy filtrando en nuestros corazones la miel del sentimiento: todo esto consuela, todo esto nos vindica; no cargaremos con el negro estigma de la ingratitud eterna: si los contemporáneos olvidan, desprecian, persiguen, encarcelan, dejan morir en la miseria á sus grandes hombres, la humanidad, que no pasa ni muere, los salva del olvido, los estrecha sobre su corazón, y los coloca en el altar destinado á los pocos favoritos de la Naturaleza en el templo de la inmortalidad.

La historia animada de los hombres que se van, es una enseñanza para los hombres que se quedan y se suceden, por el ejemplo contagioso de actividad que presenta, por la fuerza moral é intelectual que comunica, por la emulación que despierta. La virtud alecciona, lo grande levanta, el mérito reconocido conforta, el crimen castigado escarmenta. *El Civilizador* llamó Lamartine á su historia de la humanidad por los grandes hombres. Emerson apellida á éstos *representantes* (representative men), y lo son en verdad, de la gloria como de las ideas, de las aspiraciones como de los sentimientos de un pueblo.

Entre esos seres privilegiados figuran aquellos mártires del sentimiento, de imaginación empapada en néctar, traductores de la creación, habitantes de un mundo ideal, que han cantado las primeras teogonías, la historia y las leyes primitivas; que han vivido en todos los tiempos: no sólo cuando más cerca de la creación el Génesis es un idilio y la Iliada una aurora; no sólo cuando los ideales religiosos, vivos y ardientes, inspiraban los grandes poemas de la teología cristiana, *El Paraíso Perdido*, *La Divina Comedia* y *La Jerusalén Libertada*, y no sólo cuando el catolicismo triunfante animaba el esplendor lírico de Calderón; sino hoy, en nuestro positivista siglo XIX, en que la riqueza se ha convertido en un culto y las máquinas son una necesidad; en que la industria se fatiga por hacer la vida más cómoda y barata; en que la fe va perdiendo sus encantos; en que luchan las democracias niveladoras y las tradiciones resistentes: han existido y existen, no sólo en el viejo mundo, donde la vida parece hastiarse de sí misma, sino también en la joven América, donde las necesidades, nacientes aún, no se han hecho todas sentir; donde hay más provecho en la ceba de ganados que en las elucubraciones de la mente, en plantar cafetos y cacaotales que en encender corazones; donde parecen fuera de la realidad esos soñadores sublimes que lo ven todo color de cielo, en contraste con el humo negro y mal oliente de las máquinas de vapor, con la fetidez de un obraje de añil y el orujo fermentado del café. Y es que esas máquinas, esas industrias, ese materialismo, no han podido destruir, ni destruirán el corazón humano, cuyos sentimientos el poeta pinta, ni la belleza ideal que él modula, ni lo invisible que él presiente, llevándonos en alas de la fantasía á contemplar los cielos de la verdad y del sentimiento.

De la familia de los poetas era Juan Diéguez Olaverri.

Si la vida es una herencia, como la civilización; si los descendientes se enlazan con sus ascendientes por las virtudes, los vicios y las enfermedades, por el carácter y la inteligencia, en esta reseña biográfica vamos á encontrar el atavismo

del talento y el atavismo del dolor y del infortunio: como Tasso, Diéguez hereda de un padre ilustre el genio poético: como Gutiérrez González, hereda de su madre un corazón tierno y delicado.

Jurisconsulto distinguido fué el padre; secretario, con el Dr. D. Mariano Gálvez, de la junta consultiva organizada al declararse nuestra independencia en 1821; juez imparcial y severo que había osado tener razón, mandando intimar al mismo Jefe del Estado, su antiguo compañero Gálvez, el auto de exhibición personal, expedido á favor del facultativo D. Mariano Cróquer, que se quejaba de restricción en su libertad, por compelérsele, no obstante su enfermedad comprobada con certificaciones fehacientes, á ir á atender los pueblos de oriente, infestados del cólera morbus en 1837; diputado á la Asamblea Legislativa; literato insigne, versado en el cononocimiento de los clásicos griegos y latinos, cuyos ejemplos consignó en sus lecciones de retórica, escritas en 1833 y publicadas en 1856 en el *Museo Guatemalteco*; poeta fácil y ocurrente, que improvisaba un epigrama como una elegía; que lloró en sentidos versos la muerte de D. Manuel Montúfar, el autor de las Memorias de Jalapa; consoló en el dolor al eminente literato D. Mariano González, afligido por el fallecimiento de su madre; en nombre de la gratitud *que asoma en la huesa su triste faz llorosa*, compuso el epitafio del Dr. Leonardo Pérez, que inició á nuestros jóvenes médicos en el conocimiento profundo de las ciencias naturales; y entre otras muchas producciones suyas, hojas sueltas que una mano amiga no ha cuidado de recoger, una oda al Dr. Pedro Molina, una traducción del *Salve, cara Parens* del padre Landívar, y un soneto á la ciencia que leí en mis primeros años en un cuadro elíptico colocado á la puerta del salón que hoy sirve de secretaría á las facultades, y que desapareció como vestigio de otros tiempos, sin dejar reemplazo, como desaparecieron también del frontispicio de la Universidad los bustos del obispo Marroquín y del capitán Crespo Suárez, que legaran en sus últimas disposiciones testamentarias, los fondos

con que se levantó ese mismo plantel en que se instruía la juventud que los vió descender. Tal era el licenciado J. Domingo Diéguez.

Matrona sensible y tierna, pensadora, alma de artista era la madre doña María Josefa Olaverri.

De aquel matrimonio nació el poeta en 26 de noviembre de 1813.

Disgustos de familia, la muerte repentina de D. J. Domingo, que dejó á la viuda en la indigencia y rodeada de numerosa familia, Juan, Felipe, Jorge, Manuel, María, Cayetana, Guadalupe é Isaac; el suicidio de Felipe en 1838, todo esto había acibarado la vida de aquella señora; parecía destinada al sufrimiento; llevaba luto en el corazón, lágrimas en los ojos.

Ausente Juan, le escribía: "no te vengas, hijo, llena tu corazón y el mío; pues que la suerte no nos ha querido conceder más gusto que llorar con el que llora."

Otra vez le decía: "creeme hijo, que me sabe más llorar que reír; porque lo uno sale del corazón, y lo otro sólo está en los labios."

El poeta se había impregnado en aquella amargura. Un vago presentimiento supersticioso de sus propios infortunios se había apoderado de él. "Todo lo que está en relación con esta familia desventurada, se contagia de la desgracia," escribía él á su vez á un íntimo amigo suyo, el presbítero D. Mariano Ocaña, en 28 de julio de 1838; "la suerte se ha declarado contra nosotros, y es fuerza sufrir."

"Nuestro hermano," escribía otra vez, "después del suicidio de Felipe, nos ha hecho para siempre desgraciados." (Carta al presbítero Ocaña, del 7 de julio de 1839)

Cuando murió su madre, consignó estas palabras: "Yo la lloro y la lloraré eternamente, por egoísmo, porque me hacen falta su cariño y su sombra; pero me solaza la idea de su descanso: ya no era de desearse aquella existencia tan amarga, que ha dejado por otra infinitamente dichosa." (Carta al presbítero Ocaña, del 16 de mayo de 1864).

¿Qué extraño es pues, que la organización delicada de

Diéguez y su corazón de sensibilidad exquisita, se resintiesen al encuentro con el infortunio, como se resiente la sensitiva al contacto de la mano? ¿Qué extraño es que aquella nostalgia, compañera inseparable del alma del poeta, desde su cuna hasta el sepulcro, se revelase en todos los actos de su vida, en sus expansiones íntimas, en su correspondencia epistolar, y que su musa delicada inspirase aquellas cántigas, suspiros de brisa, arrullos de tórtola, empapadas en miel silvestre y rocío matutino?

Hay amarga poesía en el sufrimiento que nos lleva al análisis del corazón humano, desarrolla nuestras energías y determina nuestra voluntad. El epicureísmo, al sancionar la moral del deleite, quebranta la salud, mancha con el lodo del vicio, y lleva á la orgía que agosta la vida. No hay belleza en una carcajada, y será inagotable el mágico é irresistible poder de una lágrima. El dolor es fecundo para el arte, como si la Providencia, por esa ley eterna de las compensaciones, permitiese el sufrimiento de unos pocos en bien y provecho de los más.

## II.

Diéguez hizo sus primeros estudios en el Colegio Seminario. Después, en la Pontificia Universidad de San Carlos, único centro donde se enseñaba filosofía, y al cual concurrió á dar sus lecciones hasta 1828 el padre Escoto, religioso dominicano, por ser la Orden de Predicadores y la de San Francisco, las que suministraban maestros para aquella asignatura.

Cursó humanidades con su propio padre D. J. Domingo, y aun llegó á alcanzar en la Academia de Estudios al padre Herrarte, libro abierto por su ciencia, que mereció que sobre su tumba, colocada en el centro del antiguo cementerio, se pusiese esta inscripción tan sencilla como elocuente: "*Cor Omnibus:*" Su corazón fué para todos.

La Academia de Estudios, que debería reemplazar á la antigua Universidad, fué organizada en 1832, conforme al plan redactado por D. J. Mariano González, el jurisconsulto más erudito, si bien motejado de nimio y difuso, que presenta nuestra historia literaria. Figuraban en su junta directiva hombres como el Dr. D. Pedro Ruiz de Bustamante, que fué su primer Presidente; el mismo Jefe del Estado Dr. Gálvez, que no había tenido á menos aceptar la vice-presidencia, y eminencias científicas, como el Dr. Molina y el Dr. Pérez.

La juventud recogía la palabra profunda, culta y sincera de maestros insignes, como el mismo González, el historiador D. Alejandro Marure, D. Dionisio Dumas y otros, que en la cátedra gozaban de plena libertad, como lo prueba el Sr. González sosteniendo públicamente la enseñanza del derecho canónico, y sirviendo él mismo esa asignatura, contra la opinión particular del Jefe del Estado. (1) En los certámenes era sometida á prueba por examinadores como el Ilustrísimo Dr. D. Antonio Larrazabal, el Dr. D. Alejandro Díaz Cabeza de Vaca, D. Jesús Aguirre y el sabio Valie.

En aquel centro literario Diéguez hizo sus estudios de derecho civil y canónico, sosteniendo brillantes exámenes. Y mientras asistía á las clases de la Academia, hacía la práctica forense con el jurisconsulto immaculado D. Venancio López, á quien el discípulo llamaba *Gregorio López*, en reminiscencia del erudito y más popular comentador de las Siete Partidas.

Obtuvo la licenciatura en 1836, y con él recibían el mismo grado D. Mannel Ubito, gloria de nuestro foro; D. Ignacio Gómez, jurisconsulto y literato distinguido; D. Buenaventura Mejía, talento precoz, segado en flor; los Saravias, el

[1] Apuntes biográficos sobre el Sr. Lic. D. J. Mariano González por el Sr. Lic. D. José Antonio Ortiz Urruela.